

LA VERDAD COMO PRAXIS

Insatisfecho y ansiando una revelación de lo alto, el Fausto de Goethe abre el Nuevo Testamento y lee el comienzo del evangelio según san Juan: «En el principio estaba la Palabra». Inmediatamente, Fausto reacciona ante este mensaje y se niega a aceptarlo. No puede estar de acuerdo en que sea preciso otorgarle tanto valor a la Palabra. Así que se decide a retraducir aquel versículo escribiendo por cuenta propia: «En el principio existía el Sentido». La verdad es que tampoco queda satisfecho con el resultado y trata de ensayar una nueva forma: «En el principio estaba la Fuerza». Sin embargo, ya en el mismo momento en el que escribe esta nueva expresión, algo le avisa de que no ha de rendirse tan pronto. Es preciso hacer un nuevo intento. De pronto, parece lleno del Espíritu y escribe, decidido: «En el principio existía la Acción». Ése parece ser el final de su proceso de búsqueda.

Se ha dicho que en ese preciso instante, simbolizado por la inquietud de Fausto ante la «buena noticia tradicional», nacía la época moderna y nacía con ella su protagonista: el ser humano que parece dedicar un verdadero culto religioso a la acción. Pero los aullidos del perro de Fausto, que se revuelve en un rincón de la habitación en la que él escribe, parecen revelarnos, al mismo tiempo, que ninguna traducción es inocente. Al traducir la Palabra por la Acción, el demonio ha entrado en la escena del mundo.

La «acción» parece haber sustituido a la reflexión. De pronto, es más importante actuar que escuchar. Para el hombre fáustico, no es la palabra la que juzga a la acción, sino que es la acción la que hace germinar y fructificar a la palabra. El mundo moderno ha abierto sus puertas al imperio de la praxis. Es más,